margarita peña

¿feminismo de fernández de lizardi?

José Joaquín Fernández de Lizardi no es solamente el novelista autor de *El periquillo sarniento*, *La Quijotita y su prima* y *Don Catrín de la Fachenda*, sino también el autor de poesía diversa —fábulas al estilo siglo XVIII, burlescas anacreónticas y de toda una producción periodística que inundó los comienzos del siglo XIX con una marejada de sátira, ironía solapada, crítica abierta cuando era necesaria y opiniones varias sobre los males que aquejaban al país. Entre estos figuraban la falta de educación del pueblo, y en particular, la ausencia de educación en las mujeres, lastre que él va a descubrir y reprobar ampliamente en *La Quijotita*. . ., y que no dejará de comentar en ingeniosas apostillas o en mínimos artículos de los múltiples periódicos que publicó a lo largo de su vida. En uno de estos, su famoso *Cajoncitos de la alacena*, número 10, aparecido el miércoles 20 de diciembre de 1815, se refiere a una actitud que nos ha castigado durante siglos: el desdén con que el hombre suele tratar a la mujer cuando la pareja se ubica en el contexto del trato conyugal cotidiano. La mujer, pontifica el marido, a la cocina, a guisar los frijoles, a vigilar la sopa. Lizardi, con una sutileza que no se nos escapa, critica a lo largo de un diálogo vivo, recreado en un lenguaje coloquial, en el cual él se coloca como personaje, la situación en la que el marido se empeña en ver a la esposa como un ser sin status intelectual alguno, carente incluso de perspectivas racionales. Y a la postre, Lizardi dará la razón a la mujer, colocando al hombre en el papel del necio que no sabe escuchar, calando de paso, en uno de sus tópicos preferidos: la mujer posee una sabiduría natural que no ha desarrollado suficientemente por la ausencia de una educación que le ha sido negada en un mundo de hombre. Esta conclusión, que no se da en el texto de modo explícito, de algún modo se colige de un refrán, de dos filos, que Lizardi recoge de la tradición popular: "El consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma es loco". Parafraseando: la opinión femenina puede ser despreciable, pero, aún así, quien no la tome en cuenta, será un insensato. ¿Premoniciones de feminismo en Lizardi? No olvidemos que don José Joaquín se había inspirado, para esto de la educación de las mujeres, en lecturas francesas de la Ilustración, y por tanto, de moda: Fénélon, Blanchard. Moralista severo, nuestro autor abogará durante toda su vida porque se dote de mayor instrucción a la mujer. Recordemos que Pudenciana, la prima sensata de la Quijotita, había aprendido el oficio de relojera. Y a Pudenciana le va bien en la vida, en tanto que la Quijotita, por ignorancia, por incultura, por in-

dolencia moral termina perdiéndose en los oscuros abismos de la prostitución. Evidentemente, Lizardi se configura como defensor de la mujer decimonónica y para nosotras, que lo leemos a siglo y medio de distancia, como precursor de un feminismo que se sustenta en la valoración de la natural sabiduría de la mujer incrementada por el don inapreciable de la educación. Pero hé aquí, reproducido sin cambios ni alteraciones, el texto que ha dado pie al comentario anterior.

LA GRAN BARATA DEL
PENSADOR MEXICANO

Miércoles 20 de diciembre de 1815

Esta barata procedió del siguiente diálogo que pasó entre mi mujer y yo. Supondremos que ella se llama Lucinda, y así los interlocutores serán:

Lucinda y El Pensador

PENSADOR: Es gana, si yo no peino cabeza que no me salga tiñosa. . . ¡Voto a. . .!

LUCINDA: ¿Qué tienes, hombre, que vienes tan incómodo? ¿Qué te ha sucedido?

PENSADOR: *Quién sabe. Déjame. Vete a ver si se han quemado los frijoles, y no me muelas.*

LUCINDA: *Ahora sí, ¿conque en la calle tienes tus incomodidades, y vienes a desquitarlas conmigo?*

PENSADOR: *¿Y eso te admira? ¿No ves que así lo hacen los más hombres?*

LUCINDA: *Eso serán los pícaros; pero no los hombres de bien, y yo por tal te he tenido hasta ahora; y aun esos hacen muy mal, porque ¿qué razón hay para que si un hombre tiene alguna molestia en la calle, quiera desahogarse en su casa maltratando o riñendo con su mujer que en nada se ha metido?*

PENSADOR: *Pues tengan o no tengan razón, a mí nada me importa eso. Lo que me importa es que me dejes.*

LUCINDA: *Pero dime qué te ha sucedido, a ver si entre los dos se puede remediar.*

PENSADOR: *¡Qué remediar, ni qué calabaza!* ¿Remediarás la calma que les ha entrado a mis pronósticos, que han tenido de costo en su impresión como cincuenta pesos, y maldito si se han vendido cuatro?

LUCINDA: ¿Y eso te apura?.

PENSADOR: ¿Pues no me ha de apurar, que ya hoy estamos a diez y nueve de diciembre, y si no se venden en este mes, se me quedan en el cuerpo?

LUCINDA: Pero ¿por qué se te han de quedar?

PENSADOR: ¡Esa es otra! Porque no se vende, ¿por qué ha de ser?

LUCINDA: Pero aunque no se vendan, no se quedarán en el cuerpo, ¿pues que los boticarios y los tenderos les harán el desaire?

PENSADOR: Ya se ve que no; mas eso es lo que yo no quiero. *Sobre todo, anda mira tus frijoles o tu almohadilla y no me estés incomodando.*

LUCINDA: Mira: sosiégate, yo estoy pensado un modo con el que cuando no ganes nada, a lo menos, no pierdas en tu pronóstico.

PENSADOR: *¡Ojalá y fuera bueno el pensamiento! Entonces serías tú, mejor pensadora que yo.* A ver, di qué has pensado.

LUCINDA: Que hagas una barata de pronósticos y la anuncies al público en un cajoncito, que ya tú ves que siempre la gente se va a lo barato.

PENSADOR: Dices muy bien; pero temo que la diligencia será vana, porque todas las cosas necesitan el tiempo de su fervor. Ya has visto lo que sucedió poco hace con las baratas de trapos que todos los días nos las anunciaban a pares, y en cuanto el consulado metió la mano, a Dios baratas, ni quien las miente.

LUCINDA: Pero a mí me han dicho que eso no es porque faltan barateros; antes sé de algunos que han pretendido anunciar sus baratas al público, y con arreglo a la orden del consulado, han gastado el dinero en la pretensión y no han logrado nada.

PENSADOR: ¿Pero en qué estará eso? Porque ciertamente es chocante la noticia. ¿Cada uno no es dueño de lo suyo para hacer con ello lo que quiera? Y fuera de eso, en dando las baratas con arreglo a lo últimamente mandado por el superior gobierno, ¿quién podrá embarazárselo a nadie, se entiende con justicia? *Vamos, te habrán engañado, o tú no te sabrás explicar.*

LUCINDA: No, no me han engañado. Es así como te lo digo; pero esto no te importa, lo que debes hacer es poner tu barata de pronósticos, y tú te acordarás de mí.

PENSADOR: Dices bien, *El consejo de la mujer es poco, y el que no lo toma dice el refrán que es loco.* Conque vamos a ver, manos a la obra.

LUCINDA: Pues pon tu barata, *mientras voy a ver si ya hizo la sopa la muchacha. . .*

Las cursivas del texto son nuestras, y se pretende con ellas enfatizar los términos sexistas del trato en la pareja —inferioridad, a todos los niveles, de la mujer; superioridad evidente del hombre que privaban en el mundo lizardiano del siglo XIX, y que, por lo demás, no se han visto modificados en el mundo "freudiano" del siglo XX. En este sentido, la vigencia del texto nos parece evidente.